

Página literaria

Miguel Mena. Madrid (1959). Desde 1983 es locutor de Radio Zaragoza (Cadena Ser). También colabora en *El periódico de Aragón* con una columna semanal todos los domingos. Entre los libros que ha escrito destacan *Cambio de marcha*, *Bendita Calamidad*, *El escondite inglés*, *Onda Media* y, el último, *Una nube de periodistas*. Estuvo con el grupo de lectura de la biblioteca de Andorra en mayo de 1999, participando en uno de los encuentros con el autor.

P] Para entender esta historia hay que situarse a principios del siglo XXI en la ciudad de Zaragoza, en la margen izquierda del río Ebro, cerca del puente de Piedra, en los alrededores de la primera estación de ferrocarril con que contó Aragón, inaugurada a mediados del siglo XIX y cerrada a trenes y viajeros en la segunda mitad del siglo XX.

En ese entorno fue donde se desató el caso del fantasma de la estación fantasma, un asunto que aún da mucho que hablar y que probablemente se multiplicará hasta el infinito, con multitud de perspectivas y versiones, reproduciéndose como las lombrices que sobreviven trocito a trocito, hasta constituirse, quizá, en una de esas leyendas urbanas que quedan para siempre en la memoria de las gentes.

El rumor empezó a correr entre los vecinos de la calle Matilde Sangüesa. Se decía que algunas noches, especialmente cuando el cierzo soplabla con fuerza y en los cielos claros se distinguía perfectamente el perfil de la luna, se veía pasar una sombra por el flanco deshabitado de la calle, donde la única construcción es la vieja Estación del Norte, un edificio que arrastra más de treinta años de olvido, abandono y destrucción, con las vigas del tejado al aire, puertas y ventanas tapiadas, cristales rotos y todo tipo de pintadas en sus paredes.

Un vecino que se levantó al baño de madrugada juró haber visto esa sombra con toda nitidez, y aunque lo hizo desde un séptimo piso, explicó con firmeza que no era un sueño y que estaba dispuesto a defenderlo ante quien fuera.

-Lo juro por mi próstata averiada y por la memoria del bazo que me extirparon. Estoy lleno de achaques, pero si algo me funciona todavía bien eso es la vista. Y no fue un sueño. Vi esa sombra y creo que sé quién era. Yo soy de aquí, del Arrabal de toda la vida, y esa era la sombra de la mujer que le da nombre a la calle, era su espíritu, su fantasma, el espectro de la vieja maestra que nos enseñó a leer a tantos niños de este barrio, doña Matilde Sangüesa. Yo creo que vaga eternamente por aquí porque fue aquí donde se dejó la vida entre pupitres y tinteros, peleando para sacar adelante a unos chavales que teníamos pocas ganas de estudiar y mucha necesidad de arrimar el hombro en casa. No tuvo una vida fácil aquella mujer, y eso siempre se paga en la eternidad.

Nadie en el barrio le hizo mucho caso a este hombre. Sólo se interesó un parapsicólogo que se ofreció para instalar sus aparatos de grabación e intentar una psicofonía, una de esas experiencias que atrapan voces del pasado, a ver si se escuchaba el espíritu de doña Matilde enseñando el abecedario, los afluentes del Ebro o la tabla de multiplicar. Pero los rumores se extendieron por todo el barrio, no sólo en el Arrabal, también por el Barrio Jesús y por La Jota, por toda la orilla izquierda del río se contaban diferentes versiones sobre la aparición nocturna que de vez en cuando sobresaltaba al vecindario de la antigua estación.

Un buen día apareció por allí un historiador y convocó a los vecinos para anunciarles que había resuelto el enigma. Juntó a los que quisieron bajar de sus casas en el descampado de los charcos, donde amarilleaban los cardos y las capitanas, y allí les habló con la solemnidad que suelen emplear los que viven de explicar el pasado.

-Queridos conciudadanos, vecinos y amigos. Tened por seguro que esa sombra que os inquieta pertenece a un ser inofensivo. Mis investigaciones me llevan a afirmar con toda rotundidad que no se trata de un ser sanguinario de los que no encuentran descanso en toda la eternidad y salen de sus ataúdes para aterrorizar a los vivos. Más bien todo lo contrario. Se trata, podéis tenerlo por cier-

to, del espíritu del rey consorte Francisco de Asís de Borbón, el primo y esposo de Isabel II, el mismo que inauguró esta estación en un lejano día de septiembre de 1861. Aquel hombre tímido, tibio y apocado no vivió mayor momento de gloria que el protagonizado aquí, cuando miles de zaragozanos salieron a su encuentro para saludar al primer tren que veían, el tren que habría de traerles trabajo y prosperidad. Despreciado por su mujer, que sólo se había casado con él por cuestiones familiares y le era infiel con media Corte, ignorado por todos dentro y fuera del Palacio Real, el rey Francisco de Asís vivió aquí su único momento de gloria, y le quedó



EL FANTASMA DE LA ESTACIÓN FANTASMA

Miguel Mena

Ilustraciones: J. M. Peguero



tan profundamente grabado que ahora, cuando su alma no descansa por esa inquietud que persigue a los muertos, abandona el panteón y pasea por aquí para recuperar aquel día en el que se sintió amado y feliz.

Al historiador le escucharon con mucho respeto, pero no todos comulgaron con sus explicaciones. Entre los espectadores se alzó la voz de un anciano que, antes de entrar en más detalles, explicó que era un viejo ferroviario. Quizá por eso tronó como una locomotora al dar sus razones:

-Están todos fatalmente equivocados. ¿Qué les hace pensar que el fantasma de la estación ha de ser alguien singular, como un rey o como quien da nombre a la calle? ¿No es más fácil creer que se trata de una de las miles de personas que pasaron por sus andenes y dejaron en ellos parte de sus esperanzas? Yo pasé muchas horas aquí, trabajando duramente; vi llegar y partir miles de trenes, y conocí muchas historias de quienes viajaban en ellos. Yo creo que esa sombra que aparece en el andén es la de una mujer que se despidió de su gran amor. Le dijo adiós cuando él marchaba a Francia en busca de un futuro mejor, porque de esta calle que hoy es un solar sucio y abandonado partían los trenes que pasaban bajo el Pirineo, los trenes que dejaban atrás la miseria y la dictadura española en busca del trabajo y la libertad de una Europa que entonces nos parecía inalcanzable. Aquel hombre nunca volvió. Quién sabe lo que encontraría al otro lado. Quizá la fortuna, tal vez la muerte o quizá otro amor. Algo muy fuerte que lo retuvo allí para siempre. Pero aquella mujer que lo había despedido en el andén, entre promesas de un futuro mejor y un futuro juntos, acudía muchas tardes a la estación, como si quisiera recuperar las imágenes de la despedida, o tal vez pensando que volvería en otro tren. Lo hizo así durante años, y después murió. Pero su espíritu es más fuerte que la muerte y vaga todavía por el andén, ahora que ni siquiera hay trenes, como si permaneciera condenada a esperar y esperar.

La asamblea se disolvió, con los vecinos discutiendo sus opciones, unos apostando por el fantasma de la maestra, otros por el del rey, y muchos también por el de la enamorada. Y en esas siguió el barrio muchos días, hasta que una noche, en una ronda rutinaria de la policía, los agentes percibieron el movimiento de la sombra y se lanzaron en su

persecución, quizá porque eran nuevos en la comisaría de la zona y todavía no habían escuchado las leyendas que iban de boca en boca. De haberlo oído antes tal vez no habrían sido tan valientes. Pero le dieron el alto a la sombra y al no parar corrieron tras ella. La vieron adentrarse por un hueco entre los ladrillos y los policías se introdujeron por el mismo sitio, hasta que por fin, en el interior de la vieja estación, abriéndose paso entre telarañas, escombros y puertas desvencijadas, le echaron el guante en un rincón. Y al iluminar aquella sombra con su linterna no descubrieron la cara de un rey melifluo, ni la de una anciana maestra, ni mucho menos la de

una joven enamorada. Descubrieron una cara negra y asustada que suplicaba clemencia. Y entonces fue cuando la sombra misteriosa habló y contó su verdadera historia:

-Me llamo Ngosi y soy de Sierra Leona. Ustedes habrán visto mi país en la tele y sabrán que allí los niños llevan fusil y se matan unos a otros porque mi país siempre está en guerra. Yo también sé lo que es disparar y conozco el golpe del machete sobre la piel, pero quería algo mejor que matar y morir. Por eso me escapé. Sufrí mucho para llegar aquí. Muchos que salieron conmigo no lo lograron. Yo tuve tanta suerte que ahora puedo sobrevivir con lo que vendo. Todo barato. Tengo corbatas, relojes de imitación, pulseras, anillos, mecheros, discos piratas..., también vendo cachirulos en las fiestas del Pilar. Y cuando finalizo mi ronda por los bares de copas, me refugio aquí, en estas ruinas que para mí son como un palacio. Seguro que algún día encontraré algo mejor, pero ahora estoy bien aquí.

A los policías les hubiera gustado conmoverse, pero lo tenían prohibido por el reglamento, así que se limitaron a pedirle el pasaporte, le confiscaron la mercancía y se lo llevaron detenido. Un vecino que se había levantado a beber agua los vio salir en la penumbra. Al día siguiente contó a todo el vecindario que los fantasmas de la estación se habían multiplicado, que ahora eran tres y caminaban juntos marcando el paso.,

Desde ese día, el ayuntamiento no sabe si dinamitar la estación para calmar los ánimos o dejarla en ruinas y organizar visitas turísticas a las horas más inquietantes. Cuando por fin se decidan, a lo mejor contratan a Ngosi para trabajar como fantasma. ■

